

Centro Cultural de Milán Rizzoli

Milán, 26 de enero de 2013. Presentación del libro de Antonio Polito *Contro i papà. Come noi italiani abbiamo rovinato i nostri figli*, Rizzoli, Milán 2012

Emergencia educativa

Julián Carrón, *presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación*

Doy gracias antes que nada a Antonio Polito por esta invitación, me siento verdaderamente honrado.

El libro que presentamos hoy (*Contro i papà. Come noi italiani abbiamo rovinato i nostri figli*, de Antonio Polito) es un grito, una provocación, una pregunta: ¿adónde estamos llevando a nuestros hijos? Muchos padres se reconocerán en este interrogante. Es una pregunta que, en no pocos casos, se vuelve preocupación, a veces angustia, porque muchos padres no saben a quién recurrir, a dónde mirar para salir del *impasse* en que a veces se encuentran. Es un signo patente de la confusión que domina nuestro tiempo, en el que incluso hemos visto nacer, crecer y desarrollarse muchas cosas buenas, muchas conquistas de la ciencia, pero en lo que se refiere a lo más querido, nuestros hijos, no sabemos ofrecer algo verdaderamente significativo para que puedan encontrar el rumbo en medio de la confusión que les toca vivir.

Estamos ante el libro de un observador agudo, que comprende el desafío más grande que debe afrontar la sociedad, es decir, el desafío educativo, del que los otros desafíos, el económico, el social y político, no son más que consecuencias.

Pero Antonio no sólo identifica el desafío, sino también su origen: los padres. O más ampliamente los adultos – ya se trate de padres, educadores, maestros o curas –, que no han sido capaces de ofrecer una hipótesis de respuesta a la altura de la necesidad de sus hijos. El autor plantea la cuestión de modo tajante desde las primeras páginas del libro: «¿Quién de nosotros, padres, [...] puede negarse a sí mismo la verdad, y por tanto el hecho de que todo alrededor de nosotros nos dice que la educación (entendida en un sentido más amplio que el de la mera instrucción) es el factor crucial para el éxito de una comunidad y, dentro de ella, de nuestros chicos? Y entonces, ¿por qué hemos abdicado completamente de nuestra tarea de educar para transformarnos en torpes sindicalistas de nuestros hijos?». Este es el desafío.

¿Cómo se manifiesta esta abdicación de su tarea educativa por parte de los padres? Sustancialmente de dos maneras.

1) Los padres han tratado de ahorrar a toda costa a sus hijos la fatiga del vivir. «En lugar de ser padres, nos hemos transformado poco a poco en sindicalistas de nuestros hijos, siempre dispuestos a luchar para eliminarles los obstáculos del camino hacia la nada [palabras fuertes], porque no hay meta ambiciosa cuyo camino no sea intransitable. Es un gran fenómeno cultural, y cada vez más un rasgo del carácter nacional [...]. Y es un gran factor que hace de freno al crecimiento, no sólo económico, sino psicológico de la nación».

Es decir, en lugar de lanzarles a una meta ambiciosa que corresponde a su necesidad, a su corazón, aunque el camino sea impracticable, hemos preferido allanarles el camino para que no tuviesen que emplearse demasiado, para evitarles la fatiga de la ascensión. En vez de aquel *Stay hungry, Stay foolish* (permaneced en el hambre, en la locura) de Steve Jobs en su famoso discurso en la Universidad de Stanford, hemos preferido el «permaneced saciados en el conformismo».

«Nosotros tenemos la culpa. Los verdaderos grandes bebés somos nosotros», escribe Polito. Hemos perseguido un modelo social enteramente dispuesto a hacer fácil la vida a nuestros chicos, sin darnos cuenta de que así, en nombre de nuestros hijos, los hemos arruinado. «No queremos que estén hambrientos ni siquiera por un instante. Hasta hemos construido nuestra vida social en

función de su nutrición. [...] En función de proteger a nuestros hijos de la necesidad, con consecuencias sociales relevantes y no siempre positivas».

Se ha vivido «un malentendido sentido de protección hacia nuestros hijos; malentendido porque en realidad pone en evidencia una desconfianza colectiva en sus medios, el miedo a dejarles nadar con sus fuerzas cuanto antes. Y ellos sienten esta desconfianza, que deprime su autoestima». Me parecen afirmaciones muy agudas acerca de cómo nosotros, al obrar así, damos un juicio sobre sus capacidades, sus posibilidades de ser ellos mismos, de crecer, de desarrollarse. No lo decimos de manera tan explícita, pero ellos se dan cuenta de este juicio.

En tercer lugar, hemos practicado un maléfico paternalismo. «Sociedad de las zapatillas», la llama Antonio, totalmente dispuesta a preservar a los jóvenes de todo esfuerzo.

Me impresiona la sintonía de este juicio con lo que decía don Giussani en 1992, en una entrevista en el *Corriere della Sera*: «Me asusta [...] Italia. [...] Es una situación civil que no tiene un ideal adecuado, donde no hay nada que supere el aspecto utilitario. Un utilitarismo que se persigue sin ningún horizonte o punto de fuga ideal. Esto no puede durar. Lo que temo es que se desencadenen conflictos sin fin. [...] ¿Por qué ha sucedido todo esto? Usted lo puede decir después de haber visto crecer a tantas generaciones. ¿Cuál ha sido el factor desencadenante de semejante caída, de un empeoramiento así? A todas estas generaciones no se les ha propuesto nada. Salvo una cosa: la aprensión utilitarista de sus padres. ¿Está hablando del dios dinero? El dios dinero o la seguridad de una vida acomodada, de una vida sin riesgos. Y hecha únicamente de cosas, sin riesgo alguno. [...] ¿Quién sabe si este deseo de hacer menos difícil la vida de los hijos, o de un determinado grupo de personas, abrirá en algún momento su horizonte! Es decir, si los que tienen este deseo comprenderán que para poderlo realizar necesitan un ideal, una esperanza».¹

Los padres creían que, ahorrando el esfuerzo a sus hijos y protegiéndoles de su necesidad, estaban haciéndoles un bien, cuando en realidad estaban allanándoles el camino hacia la nada.

Cuando esta mentalidad vence, el resultado es aquel del que hablaba Pietro Citati en un artículo aparecido hace algunos años en *La Repubblica* y dedicado a la generación de los jóvenes de hoy, con el título «Los eternos adolescentes», en el que hacía un retrato casi despiadado del resultado que produce la victoria de esta mentalidad. Escribía Citati: «Antes un joven se hacía adulto muy pronto. Hoy hay una continua carrera hacia la inmadurez. Antes [...] a toda costa, un chico se hacía *maduro*. [...] Conquistar la madurez era una renuncia [...]. [Hoy, los jóvenes] no saben quiénes son. Quizás no quieren saberlo: se preguntan continuamente cuál es su yo, [...] aman [...] la indecisión. Nunca decir sí y nunca no: permanecer siempre ante un umbral que, quizá, no se abrirá nunca. [...] No tienen voluntad: no desean actuar [...]. Prefieren permanecer en la pasividad. [...] Viven envueltos en una misteriosa apatía. No aman el tiempo. El único tiempo para ellos es una serie de instantes que no están unidos en una cadena u organizados en una historia».²

A este artículo siguió una respuesta de Eugenio Scalfari, que sostenía: «La herida [en estos jóvenes] ha sido la pérdida de la identidad y la memoria», quizá porque alguien les ha quitado esta identidad. Es singular: primero hacen de todo para hacerles perder su identidad y después se lamentan de que la hayan perdido. «El silencio de los padres, demasiado empeñados en la conquista del éxito y del poder, ha sido la herida. [...] El aburrimiento ha sido la herida. El invencible aburrimiento, el aburrimiento existencial que ha matado el tiempo y la historia, las pasiones y las esperanzas. [...] No veo esa profunda melancolía que hay en los rostros del Renacimiento que pintaron Lotto y Tiziano. [...] Veo ojos estupefactos, estáticos, aturdidos, fugitivos, ávidos sin deseo, solitarios en medio de la multitud que los contiene. Veo ojos desesperados. [...] Eternos niños. [...] Su salvación está sólo en sus corazones. Nosotros sólo podemos mirarlos con amor y temor».³

¹ L. Giussani, «Il potere egoista odia il popolo», entrevista a cargo de Gianluigi Da Rold, *Corriere della Sera*, 18 octubre de 1992; traducido en: L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 198-200.

² P. Citati, «Gli eterni adolescenti», *La Repubblica*, 2 agosto 1999, p. 1.

³ E. Scalfari, «Quel vuoto di plastica che soffoca i giovani», *La Repubblica*, 5 agosto 1999, p. 1.

Hoy nos encontramos ante una profunda crisis de lo humano, que se puede resumir en una misteriosa apatía, en un invencible aburrimiento, en la decadencia de lo humano con que tantas veces nos encontramos cuando vence la mentalidad que se denuncia en este libro.

Esta profunda crisis de lo humano se documenta en la pasividad de muchos jóvenes, que parecen casi incapaces de interesarse por algo verdaderamente significativo, o en el escepticismo de muchos adultos que no ponen ante ellos algo por lo que valga la pena moverse y salir de esta situación. Es como si no encontrasen intereses por los que valiese la pena comprometer hasta el fondo su propia humanidad. Parece que nada sea capaz de interesar a los jóvenes hasta el punto de ponerles en movimiento, y entonces «el compromiso con el estudio se hace mínimo, y el aburrimiento máximo».

Pero precisamente obrando así, los padres han cometido un error garrafal. ¿Dónde está el error? En la confusión sobre la naturaleza del corazón del hombre. Tratamos de resolver nosotros el problema de los chicos, en vez de desafiarles según su naturaleza, esa naturaleza original que Leopardi documenta de manera insuperable: «El no poder quedar satisfechos con ninguna cosa de la tierra, ni siquiera, por así decirlo, con la tierra entera; considerar la amplitud inabarcable del espacio, el número y el tamaño maravilloso de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad de nuestro espíritu; imaginar el número infinito de los mundos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y deseo son aún mayores que este universo; y acusar siempre a las cosas de insuficiencia y nulidad, y padecer falta y vacío, y también tedio, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana».⁴

A esta naturaleza del hombre – que es la naturaleza de nuestros jóvenes y la nuestra – no se puede responder solamente con una propuesta fácil que no es capaz de interesar y volver a despertar toda la capacidad del yo humano.

2) Esto nos lleva al segundo error que denuncia Antonio Polito. Él identifica así la otra raíz del planteamiento educativo que critica en su libro, en lo que estoy muy de acuerdo: el origen de estos problemas es ante todo cultural. ¿Cuál es el error?

Lo que «ha hecho de nosotros unos pésimos padres es el pensamiento del siglo XX. Cuyo gran descubrimiento ha sido la individuación de fuerzas superiores al hombre, sean psíquicas, sociales o biológicas, capaces de quitarle al hombre de las espaldas la responsabilidad de sus acciones. Grandes filosofías consoladoras. Como el sistema de pensamiento que nace de Freud, según el cual el yo racional y consciente, la sede de la responsabilidad individual, es un pobre yo desvalido a merced de fuerzas mayores que él, [sembrando] “las bases de una reducción de la ética a la psicología”. (Valeria Egidi Morpurgo). [...] O bien filosofías como el marxismo, que llevan al plano social el mismo mecanismo de responsabilidad cero. ¿Recordáis una de sus más célebres premisas? El ser social determina la conciencia, y no al contrario. Por tanto nuestra conciencia es sólo una esclava que va donde la lleven los conflictos de clase. Y la liberación del hombre no puede ser más que el resultado de un proceso colectivo que se desarrolla por encima de nosotros [...]. Toda responsabilidad individual se ha acabado, todo se ha transferido a procesos y movimientos colectivos. Escribe el antropólogo Robert Ardrey en su *Social Contract*: “Una filosofía que durante decenios nos ha inducido a la creencia de que las culpas del hombre deben cargarse siempre a las espaldas de algún otro; que la responsabilidad de comportamientos dañinos a la sociedad deben atribuirse siempre a la sociedad misma; que los seres humanos nacen perfectibles e idénticos, por lo que cualquier conflicto grave entre ellos es debido a la gravidez de las condiciones ambientales...”. [...] Se trata en definitiva del planteamiento darwinista [...], que explica todos los comportamientos del hombre como consecuencias inevitables de la historia evolutiva de la especie, y como decisiones más o menos conscientes de los individuos. Miedo y valor, egoísmo y altruismo, pereza y emprendimiento: nada de lo que somos se refiere a la educación que hemos recibido, al ejemplo que se nos ha ofrecido, a la cultura en que hemos vivido. Sino que todo es Naturaleza, todo nos

⁴ G. Leopardi, «Pensamientos» LXVIII, *Poesía y prosas*, Alfaguara, Madrid 1979, pp. 465-466.

viene dado por nuestros antecesores y los instintos que se desarrollaron en la lucha por la supervivencia del más fuerte».

No sé si entendemos el alcance de este error: el hombre, reducido a sus antecedentes biológicos y sociales es un monigote, una marioneta en mano de «fuerzas superiores al hombre»; en virtud de las cuales el yo humano ya no existe, el yo humano es como una piedra arrastrada por el torrente de estas fuerzas. El «yo» en tanto que realidad personal, autónoma, capaz de libertad, en grado de situarse como sujeto de la historia y las circunstancias, ya no existe, porque todo se ha descargado sobre antecedentes de todo tipo, psíquicos, sociales o biológicos. Polito lo llama “el opio de la ausencia de responsabilidad”. Al no estar presente el yo, al no estar presente la libertad porque todo está determinado por ese conjunto de factores, ¿qué responsabilidad es posible ante los desafíos de la existencia?

La consecuencia de esta mentalidad es una cierta concepción del hombre: «Rousseau definió al niño como “un perfecto idiota”. Y en 1890, William James describió la vida mental de un recién nacido como “una enorme, dañada, agitada confusión”. Debido a estas presunciones, convencidos de estar en presencia de simpáticos “idiotas”, hablamos y actuamos ante ellos como si no nos escuchasen, comprendiesen, y juzgasen. No sé vosotros, pero yo jamás he conseguido estar en una habitación con uno de mis hijos de hasta siete-ocho meses sin advertir claramente sobre mí sus cinco sentidos abiertos de par en par; sin experimentar la inquietante sensación de que dentro de esos cuerpos todavía incapaces de moverse y alimentarse por sus propias fuerzas zumbasen cerebros perfectamente lubricados y ya funcionando». Sin embargo, a pesar de toda la reducción que llevó a cabo el pensamiento del siglo XX, la experiencia elemental de la relación con nuestros hijos impide esta reducción. Como si tuviésemos la percepción, incluso sensible, de hasta qué punto no podemos reducirlos a lo que habitualmente los reducimos, es decir, a nuestras ideas sobre ellos.

Continúa Polito: «Entenderéis bien que si así fuera, nuestro comportamiento de padres estaría radicalmente equivocado, y tendría que cambiar drásticamente [porque si los chicos tienen un cerebro a pleno rendimiento, algo debe cambiar]. Ya no es posible decir “pobre niño, es demasiado pequeño para entender” [...]. El niño entiende, comprende cuando algo es justo o equivocado». ¡Probad a cometer una injusticia con él y veréis si entiende! ¡Probad a tratarlo de manera errónea y veréis si entiende! Nada de reducción a sus factores antecedentes de tipo biológico, psicológico, etcétera. Si en lugar de este reconocimiento de su originalidad, de que tienen cerebros que funcionan, prevalece el dominio de esta mentalidad, de esta anulación del yo, se deja vía libre a los que Polito llama los “malos maestros”, que no encuentran ya resistencia alguna: «Hay alrededor otros adultos que hacen un daño no menor que el de los padres. En el sentido de que dañan a una generación entera de hijos. Son los malos maestros, en el sentido literal y no metafórico del término: gente que enseña mal, cosas erróneas, métodos aproximativos, ideas perniciosas. Es el abundante grupo de los restos del 68 que ha obtenido su éxito en el mundo académico o en el de la comunicación, en lugar de en el mundo político o empresarial, y que hoy, desde las pantallas de televisión, desde los quioscos o las librerías, diseñan ante los ojos de nuestros jóvenes cómo es y cómo será el mundo. A través de sus palabras y sus imágenes nuestros hijos aprenden a esperar o a des-esperar. Por eso el papel de estos padres-gurú puede ser hasta más importante que el de los padres biológicos».

Antonio llega a una amarga conclusión: «Somos la primera generación de padres en la historia que han elaborado una compleja y altamente egoísta estrategia de supervivencia a través de la *captatio benevolentiae* de nuestros hijos. Fingimos que lo hacemos por su bien, pero en realidad lo hacemos por el nuestro». Y añade: «Nuestra sociedad ha envejecido, pues, en sus esperanzas y expectativas más que en su edad civil».

Al reducir al hombre a sus antecedentes biológicos, psicológicos o sociológicos, hemos eliminado la dignidad del hombre y de los chicos, y esto lo expresamos en la manera en que los miramos; y ellos leen este juicio en el modo en que los tratamos, mucho más de lo que nos damos cuenta. Basta una mínima relación con ellos para descubrir que su yo existe. Y que hay en el yo algo irreductible a estos factores: don Giussani lo llamaba «experiencia elemental», una exigencia de verdad, de

belleza y de justicia, de felicidad, de plenitud, que es la esencia del yo. Y por eso los jóvenes entienden, entienden perfectamente, no tienen que hacer un curso para saber cuándo es injusta una forma de tratarles o cuándo no buscamos su bien o cuándo no les damos tiempo. Quitarles el criterio de juicio es quitarles su dignidad, porque es como decirles: «Tú eres tonto, yo te explico cómo son las cosas». Pero ellos entienden perfectamente que no es así, precisamente porque tienen dentro de sí una experiencia elemental, que se expresa como exigencia de verdad, de belleza y de justicia, por la que no tienen que ir a Harvard a hacer un curso sobre justicia para saber cuándo les tratan injustamente. Probad a hacerlo. Porque nuestros hijos, nuestros chicos, son despiadados en esto. Nosotros somos diletantes respecto a la claridad de juicio que tienen sobre las cosas. Pensamos que son tontos. En cambio qué diferencia, qué cambio observamos cuando les tratamos según lo que son. Pero, como dice el Papa, ha vencido [en muchas personas muy capaces] un «extraño oscurecimiento del pensamiento», ya no vemos lo elemental. Y con este oscurecimiento del pensamiento reducimos su dignidad, su capacidad de ser, su yo con toda su potencia de desarrollarse, y restringimos al mismo tiempo nuestro concepto de amor, que no es solamente cortesía y gentileza, sino amor en la verdad.

Si esta es la situación, ¿desde dónde volver a empezar? A partir del «punto ardiente [del ánimo], el *locus* de toda mi conciencia»⁵, del que hablaba Cesare Pavese. A partir de esos cerebros que funcionan, de ese corazón que no puede reducirse a sus factores antecedentes, del corazón con sus exigencias y su espera. Esta espera tiene que encontrar una respuesta adecuada. En este punto ardiente puede apoyarse una propuesta verdaderamente correspondiente a su humanidad. Pero este punto ardiente (como hemos visto en muchas ocasiones) está sepultado por una apatía, un aburrimiento: ese punto queda sepultado en los jóvenes al no encontrarse con nadie que los desafía con una relación a la altura de sus exigencias (que a menudo tratan de acallar con diversas distracciones).

La cuestión es, entonces, quién es capaz de volver a despertar el punto ardiente, el yo de los jóvenes; pero también el de los adultos. Este es el desafío que tenemos ante todos nosotros, nuestra generación y las instituciones: el colegio, la familia, la Iglesia, los partidos, los empresarios, todos. Para despertar el yo de su apatía, del aburrimiento que parece invencible, no basta una lección, un mero reclamo ético (que puede ser útil) o una predicación; es necesario un adulto que con su vida sea capaz de hacer interesante a los jóvenes su propia existencia, su destino. Pero es difícil encontrar adultos que no sean escépticos; cuántas veces me encuentro hablando con chavales de la universidad cuyos padres, ante su ímpetu ideal, dicen: «No, ya la vida se encargará de ponerte en tu sitio».

Por eso sólo un testigo (Pablo VI decía que tenemos más necesidad de testigos que de maestros), a cuya fascinación, al desafío que su presencia introduce en la vida, no pueda sustraerse el que se encuentra con él, puede volver a despertar este punto ardiente, esta exigencia escondida. Alguien que encarne una forma de vivir capaz de atraer el corazón, de desafiar la razón, de poner en movimiento la libertad. En definitiva, hace falta una presencia viviente.

Un testigo o (con una palabra que hoy no es políticamente correcta, pero que resulta decisiva si la vaciamos de las connotaciones con que a veces la percibimos y la usamos en su sentido original) una autoridad, es decir, alguien que me hace crecer, que me genera con su presencia. Hace falta una autoridad, una presencia que desafíe el «punto ardiente» para lanzarme a esa «meta impracticable» a la que yo, por mi estructura humana, soy llamado.

Escribía don Giussani: «La experiencia de la autoridad surge en nosotros al encontrarnos con una persona llena de conciencia de la realidad, de modo que se nos impone como alguien revelador, que provoca en nosotros novedad, admiración y respeto. Esta persona tiene un atractivo inevitable, y en nosotros produce una inevitable adhesión. Pues la experiencia de la autoridad despierta en nosotros la experiencia, más o menos clara, de nuestra indigencia y de nuestro límite. Esto es lo que nos lleva

⁵ C. Pavese, «A Rosa Calzecchi Onesti», 14 de junio de 1949, *Lettere 1926-1950*, Einaudi, Turín 1968, vol. 2, p. 655.

a seguirla y a hacernos “discípulos” suyos. [...] Para responder de manera adecuada a las exigencias educativas [que hoy debemos afrontar] de la adolescencia no basta con proponer con claridad un significado de las cosas, ni basta que tenga una real autoridad quien lo propone. Es necesario [al mismo tiempo] suscitar [en los jóvenes] en el adolescente [ese] *compromiso personal con su propio origen*; [con ellos mismos, porque sin esto nunca serán ellos mismos; y por eso no se les puede evitar la fatiga]; es necesario que ponga a prueba y verifique la oferta recibida por tradición. Y esto sólo puede hacerse *por iniciativa del muchacho* y nada más que por él. [Propuesta de una hipótesis de significado que debe someterse a la verificación de los hijos, a su pertinencia para la vida, a su capacidad de responder a los desafíos de la vida. Sin esta educación en la verificación de una propuesta, esta jamás será suya, y por tanto correrán el riesgo de perderse] La verdadera educación debe ser una *educación en la crítica*. La crítica es la comparación entre lo que se nos propone y los deseos del corazón: «El criterio último de juicio están en nosotros, de otro modo estaríamos alienados. Y el criterio último que está en cada uno de nosotros es idéntico: es exigencia de verdad, de belleza, de bondad. [...] Hemos tenido demasiado miedo a esta crítica»,⁶ a esta verificación, no hemos corrido el riesgo necesario para poder generar un sujeto con autonomía.

Continuaba don Giussani: «El objetivo de la educación es formar un hombre nuevo, por eso, los factores activos de la educación deben tender a que el educando actúe cada vez más por sí mismo, y que afronte cada vez más el ambiente por sí solo. Por tanto, será necesario, por un lado, ponerle cada vez más en contacto con todos los factores del ambiente [las circunstancias] y, por otro, dejarle cada vez más responsabilidad de elegir, siguiendo una línea evolutiva determinada por la conciencia de que el muchacho deberá ser capaz de “valérselas por sí mismo” frente a todo. El método educativo de guiar al adolescente a encontrarse de manera personal y cada vez más autónoma con toda la realidad que le circunda debe aplicarse más a medida que el muchacho se hace más adulto [de otra manera el resultado será que no crece]. El equilibrio del educador desvela aquí su definitiva importancia. En efecto, el desarrollo de la autonomía del muchacho representa para la inteligencia y el corazón – y también para el amor propio – del educador un “riesgo”. Por otra parte, justamente corriendo el riesgo de confrontarse es como se genera en el joven una responsabilidad con todas las cosas, es decir, es así como su *libertad* se “hace”. [...] La experiencia tiene que hacerla el joven mismo, porque esto representa la realización de su libertad. Y este amor a la libertad hasta el riesgo es una directriz que la educación debe tener presente. [...] Una educación que acepte, con vigilancia, el riesgo de la libertad del adolescente es fuente real de fidelidad y de devoción consciente a la hipótesis propuesta en ella y a quien la propone. La figura del “maestro”, por discreción y respeto, en cierto sentido se va retirando de verdad tras la figura dominante de la Verdad Única en la que se inspira; su enseñanza y sus directrices se convierten en el don de un testimonio, y justamente por esto se inscriben en la memoria del discípulo con una simpatía aguda y sincera, independientemente – en su nivel más profundo – de sus mismas dotes. Y así tendremos una gratitud y un vínculo ineliminables con el maestro, y al mismo tiempo una convicción independiente de él».⁷

El proceso de la educación no tiene por objetivo “convencer” al otro de aquello en lo que nosotros creemos – esto sería un engaño –, porque en el centro de la educación hay dos libertades que se relacionan entre sí. La libertad se mueve a partir de la atracción de la realidad porque el corazón del hombre está sediento de verdad; cada uno busca lo que corresponde a sus exigencias originales de bien, de belleza, de verdad, de justicia, de felicidad, que despiertan todo lo que sucede. La educación es, por tanto, una invitación a la libertad del hombre para iniciar un camino hacia el descubrimiento de la verdad de las cosas. Si no sucede esto, el afecto que todavía despiertan las cosas, antes o después decae, y vence el aburrimiento, porque sólo lo verdadero tiene fuerza para permanecer en el tiempo. La dinámica de la libertad no es arbitraria, no es hacer lo que a uno le

⁶ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 76, 80, 17-18.

⁷ *Ibidem*, pp. 94-97.

parece y le place, porque un hombre es verdaderamente libre si reconoce y se adhiere al significado de la realidad; sin un significado, de hecho, faltaría la razón adecuada para vivir.

La educación es un gran desafío al corazón del hombre, sin ella es imposible el desarrollo de la razón y la libertad de la persona. Esto es tan cierto que, cuando se desafía a los jóvenes en su razón y su libertad, se muestran entusiastas por poder participar en esta aventura; el problema es que, lamentablemente, no encuentran muchos adultos que les desafíen y por esto decaen.

Quisiera terminar con un texto de Rabindranath Tagore que expresa todo el amor que un padre debe tener; cuando este amor está, la persona lo reconoce porque le deja espacio para crecer: «En este mundo aquellos que me aman / buscan por todos los medios / tenerme atado a ellos. / Tu amor es más grande que el suyo, / y, sin embargo, me dejas libre».⁸

Sólo el amor libera y deja espacio para que la libertad crezca. Este es el desafío que nosotros los adultos debemos en lo referente a los jóvenes.

Gracias.

⁸ R. Tagore, “Los que me aman”, de «Ofrenda lírica», en *Obra escogida*, Aguilar, Madrid 1962, p. 193.